

Persistentes desigualdades sociales en el derecho al cuidado, la crianza y la socialización en la primera infancia*

*Ianina Tuñón y Lidia de la Torre***

Introducción

Sin duda, el contexto social, político e institucional de los últimos años es clave para comprender los progresos, los estancamientos y los retrocesos observados en diversas dimensiones del desarrollo humano y la integración social de las infancias. Los sujetos de este grupo poblacional participan de modo indirecto y directo en los procesos socioeconómicos y ocupacionales que estructuran los recursos de sus hogares y que coadyuvan a construir estructuras de oportunidades en la sociedad.

En particular, se reconoce que la infancia es una de las poblaciones más vulnerables a los ciclos económicos recesivos, dado que éstos no sólo afectan las estrategias de sobrevivencia de los hogares donde se concentra la infancia de modo mayoritario, sino que adicionalmente se ven empobrecidas las estructuras de oportunidades como consecuencia de una menor inversión de los Estados en educación, salud e infraestructura, entre otros servicios de gestión pública imprescindibles para el efectivo ejercicio de derechos en la niñez.

En el contexto de un escenario signado por la crisis mundial, la economía argentina retomó la senda del crecimiento durante 2013, a partir de la expansión del consumo privado, la inversión y el gasto público. Durante el período 2010-2013, se registró un aumento ligero pero sostenido en la recepción total de transferencias de ingresos a los hogares. Aun así, a fines de 2013, la población de niños, niñas y adolescentes con Necesidades Básicas Insatisfechas

* Se agradece la colaboración de Agustina Coll en el procesamiento de datos y la construcción de tablas.

** Doctora en Sociología. Investigadora del Instituto de Comunicación Social, Periodismo y Publicidad de la UCA. Miembro del grupo responsable del Proyecto Foncyt PICT 2195 (ODSA-UCA). Correo electrónico: ldelatorre@uca.edu.ar.

(NBI) alcanzó el 24,4%, no obstante haber experimentado, respecto de 2004, una caída en su incidencia de 9,4 puntos porcentuales de modo escalonado y sostenido. En el grupo de niños y niñas entre cero y cuatro años, la situación de NBI en 2013 fue de 27,5% (Tuñón, 2014).

Dada esta realidad, cabe preguntarse en qué medida este progreso y, específicamente, la implementación de una política expansiva de ingresos, que incluyó el progresivo incremento de la Asignación Universal por Hijo (AUH),¹ y las evidencias de un crecimiento sostenido del gasto público total y social desde 2003 hasta la actualidad,² produjeron cambios en las estrategias familiares en aspectos esenciales del desarrollo humano y social de los niños y las niñas. Más concretamente, ¿en qué medida se han modificado comportamientos y actividades que desarrollan las familias en relación con los estilos de crianza, cuidado y socialización de los niños y las niñas de entre cero y cuatro años? ¿Cuáles son los principales factores de tipo estructurales, socioeconómicos, familiares o sociodemográficos asociados a dichos estilos de crianza?

Los estilos de crianza, socialización y formación refieren, como es fácil advertir, a los comportamientos y las actividades que realizan las familias de los niños y las niñas, o sus miembros, bajo el influjo de factores condicionantes internos o externos a la propia familia, utilizando ciertos recursos (tangibles o intangibles, privados o públicos) para obtener ciertos productos (bienes o servicios, por ejemplo atención médica) que contribuyen a obtener ciertos resultados (por ejemplo, la buena salud).

Al mismo tiempo, en la Argentina también se avanzó en el reconocimiento del niño y la niña como sujeto de derechos. Y, en particular en materia de cuidado infantil, se avanzó en la construcción de un sistema de protección integral desde un enfoque de derecho, como por ejemplo la sanción de la Ley de Centros de Desarrollo Infantil (2007) y los programas como “Primeros Años” (2005), que han coadyuvado a comenzar a instalar cuestiones prioritarias del desarrollo humano de los niños y las niñas en los primeros años de vida. Sin embargo, los desafíos continúan siendo significativos en términos de cobertura, calidad de los servicios de cuidado, y eficacia de las intervenciones en relación con las familias en su rol de primer agente de socialización.

1. El sistema de Asignación Universal por Hijo (AUH) alcanzó una cobertura de 3,5 millones de niños y niñas a comienzos del Bicentenario y tuvo un rol fundamental en la crisis internacional (2008-2009), papel que continúa cumpliendo en la actual coyuntura a nivel de los hogares con niños y niñas más vulnerables.

2. La participación del gasto público social se estima en alrededor del 65% del gasto público total, lo cual responde a las acciones del Estado nacional en materia de protección social (tanto de carácter contributivo como no contributivo). Asimismo, se reconocen progresos importantes en educación y en salud. Sin ser exhaustivos, y en relación con la primera infancia, se destacan en salud: el Programa REMEDIAR + REDES; el Plan Nacer –que ahora se denomina Plan Sumar–; y, en particular, los avances en la incorporación de vacunas al Calendario Nacional de Vacunación y en el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria (Repetto y Tedeschi, 2013).

Es claro que, en el marco de estas iniciativas, se comienzan a reconocer aspectos claves del desarrollo infantil –menos visibles en otros instrumentos legales preexistentes–, como son los aspectos psicosociales que se encuentran asociados a las estructuras de oportunidades de las infancias en los procesos de formación en centros educativos. Sin embargo, lo cierto es que la mayoría de las infancias en estos primeros años permanece de modo prioritario en el espacio privado de sus hogares y al cuidado de su madre u otros adultos de referencia de la familia. En tal sentido, los aspectos psicosociales del desarrollo infantil también deben promoverse en el interior de los hogares, y en relación con los centros de cuidado y de educación.

Al mismo tiempo, es interesante advertir que las estadísticas nacionales más vinculadas a la infancia en estos primeros años de vida se encuentran básicamente en el campo de las estadísticas de salud y en la dimensión biológica (tasa de mortalidad, estado nutricional, enfermedades más frecuentes, entre otras). Mientras que las estadísticas vinculadas a aspectos de estimulación emocional y social esenciales al desarrollo del niño y la niña son prácticamente inexistentes.

Probablemente, ello se deba a que se trata de una población que tiene un contacto más frecuente con el sistema de salud a propósito de la obligatoriedad de los esquemas de vacunación, los controles periódicos durante el primer año de vida y los programas de salud preventiva, mientras que recién forma parte de las estadísticas educativas cuando se produce el ingreso obligatorio al sistema educativo, que en el caso de la Argentina es a los cuatro años de edad.³

En tal sentido, existe un amplio consenso en torno a un conjunto de aspectos sociales y culturales asociados a los procesos de cuidado, crianza y socialización de los niños y las niñas, que son menos claros en términos de derechos y sobre los que poco se conoce, en la medida en que pertenecen, de modo prioritario, a la órbita privada de los hogares. Sin embargo, se registran un amplio conocimiento científico y consenso en torno a la importancia que tiene esta etapa de la vida humana en términos del desarrollo. En esta etapa de la vida, los seres humanos desarrollan capacidades físicas, cognitivas, y competencias intelectuales, emocionales y sociales, que son básicas para los procesos formativos y de socialización posteriores. En este sentido, garantizar condiciones de habitabilidad, alimentación y atención de la salud son claves, pero no menos importantes son las interacciones afectivas con adultos significativos, el juego, y la calidez de los vínculos, entre otros estímulos.

En sociedades como la Argentina, el cuidado de los niños y las niñas en los primeros años (cero a cuatro) se encuentra de modo prioritario bajo la responsabilidad de las familias. Sin embargo, poco se conoce sobre las características que adoptan estos procesos de cuidado, crianza y socialización en las

3. A partir de 2015, la obligatoriedad de la educación inicial es extensiva a los niños y las niñas de cuatro años.

diferentes infancias. Se conjetura que las estrategias de cuidado de los niños y las niñas difieren según atributos estructurales de los hogares, entre otros factores. Sin embargo, también se parte del supuesto de que las formas de crianza y socialización de los niños y las niñas se encuentran condicionadas por aspectos esenciales del desarrollo.

A partir de estos supuestos, se considera importante realizar una aproximación a los procesos de cuidado, crianza y socialización, desde una perspectiva integral que tome en cuenta tanto los factores estructurales de los hogares, como otros aspectos ambientales que también ejercen su impronta en las aptitudes cognitivas, sociales y emocionales del desarrollo del niño y la niña. Aspectos, estos últimos, que pueden ser observados a través de indicadores específicos relativos a la salud psíquica de los adultos de referencia de los hogares.

Se propone, entonces, analizar las estrategias de cuidado de los niños y las niñas en el marco de las múltiples combinaciones: familiares y no familiares institucionalizadas a través de centros educativos de gestión pública o privada. Es decir, las diferentes interacciones que se producen entre los recursos de las familias, la sociedad, el Estado y el mercado. En el marco de estas estrategias, se desarrolla el cuidado en tanto conjunto de acciones integrales y sinérgicas que procuran garantizar el desarrollo del niño y la niña en aspectos como la nutrición, la salud física y psíquica, y el desarrollo de capacidades cognitivas, motrices y sociales (Evans, Myers e Ilfeld, 2000).

Los procesos de crianza y socialización los ubicamos en el escenario natural de la vida cotidiana, y son abordados a través de indicadores de estimulación emocional, social e intelectual, que entendemos permiten reconocer el “clima emocional y social” de prácticas y hábitos en ámbitos primarios de socialización como el de la familia. Distinguimos los siguientes indicadores: a. el festejo del cumpleaños; b. el compartir cama o colchón para dormir, y c. los relatos orales y la narración de cuentos. Estos indicadores representan una aproximación a los contextos en el que los niños y las niñas desarrollan su singularidad, su identidad y su autoestima.

Por otra parte, se propone explorar en los estilos de crianza o los estilos educativos a través de los cuales los padres regulan la conducta de sus hijos, mediante un indicador de vulnerabilidad al maltrato (niños y niñas en hogares en los que los adultos de referencia expresaron utilizar el castigo físico o verbal como forma de disciplinar a sus hijos).

Se consideran, también, otros dos indicadores de cuidado infantil vinculados con el sostenimiento de la vida, como es el acceso a la alimentación y a la atención primaria de la salud. Para el primero de ellos, se utiliza la evaluación de déficit alimentario severo, que es la situación en la que los adultos de referencia expresan que los niños y las niñas han experimentado “hambre” en el último año por problemas económicos. Mientras que, en el caso del indicador de déficit en la atención de la salud, se tiene en cuenta a los niños y las

niñas que no han asistido a una consulta médica en el último año o que no tienen el calendario de vacunas completo.

Con el particular objetivo de evaluar desigualdades sociales, se propone analizar los indicadores de cuidado, crianza y socialización de referencia a través de factores ambientales objetivos y subjetivos. Entre los primeros, se incluyen factores de tipo estructurales, como son el estrato socioeconómico de los hogares, las características del espacio sociorresidencial y el contexto macro a través de la inclusión de los años de medición de la EDSA. Se registran, también, aspectos particulares del medio ambiente más próximo, como son las características de la vivienda (hacinamiento y vivienda precaria). Por otra parte, se consideran características sociodemográficas de la madre o principal adulto de referencia del niño y la niña, tales como el grupo de edad, el máximo nivel educativo alcanzado, y la situación socioocupacional. A nivel de los atributos del hogar de pertenencia del niño y la niña, se tuvieron en cuenta el tipo de configuración familiar y la cantidad de niños y niñas menores de catorce años residentes. También se consideraron factores subjetivos, que permiten una aproximación a vulnerabilidades psicológicas y sociales presentes en los hogares: afrontamiento negativo; malestar psicológico; déficit de apoyo social estructural, y déficit de apoyo social afectivo. Por último, cabe mencionar que se registran atributos sociodemográficos de los niños y las niñas, como el sexo y la asistencia a un centro educativo o servicio de cuidado.

La construcción de variables complejas y el análisis empírico a través de tablas bivariadas y modelos de regresión logística se desarrollaron a partir del procesamiento de las bases de datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina (ODSA-UCA),⁴ que reúnen las mediciones 2010, 2011, 2012 y 2013. Los datos que se presentan fueron construidos con base en una muestra de niños y niñas entre cero y cuatro años en grandes ciudades de la Argentina.

Antecedentes de la cuestión

Existe consenso entre los especialistas respecto de que la familia ejerce un papel decisivo en el desarrollo de los niños y las niñas. Se suele afirmar que la familia es el contexto más deseable de crianza, ya que es el ámbito en el que mejor se suele promover el desarrollo personal, social e intelectual del

4. La Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA) es una encuesta de hogares multipropósito que se realiza en el marco del Programa del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA) de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Dicha encuesta se realiza una vez al año, todos los cuartos trimestres, a nivel de una muestra probabilística representativa de aglomerados urbanos de la Argentina de 80.000 habitantes y más. En dicha encuesta, se aplica un módulo específico que releva indicadores a nivel de los niños menores de dieciocho años que residen en los 5.700 hogares urbanos considerados en el marco muestral de la EDSA Serie del Bicentenario (2010-2016). Ver <http://www.uca.edu.ar/observatorio>.

niño y la niña. En dicho entorno, adquieren especial importancia los padres, los cuidadores primarios, otros familiares y no familiares próximos, que interactúan con el niño y la niña en un marco especial de protección, nutrición y afecto (Silva, 2005; Lezcano, 1999).

Para los niños y las niñas en los primeros años de vida, el vínculo emocional más importante es el que establece con una o varias personas del entorno familiar. La relación de apego que construyen el niño y la niña con los adultos de referencia les permite desarrollar un sentimiento básico de confianza en sí mismos que facilita el proceso de exploración del entorno externo al mundo familiar y afrontar situaciones difíciles, como la separación circunstancial de sus padres (López y Ortiz, 1999; Ortiz, Fuentes y López, 1999).

Además de cuidar del bienestar físico y emocional del niño y la niña, los padres suelen participar activamente en el proceso de socialización de sus hijos, orientando y modelando sus conductas y sus actitudes con base en lo que se considera mejor para su desarrollo, en el marco de un proceso de adaptación del niño y la niña a las normas y los valores del entorno social y cultural más próximo. Esta tarea suele comenzar una vez que se ha establecido el vínculo de apego entre los padres y los hijos, e implica la adopción, por parte de los padres, de comportamientos que buscan modelar y restringir la conducta infantil, lo que provoca tensiones en un proceso de socialización que no es unidireccional sino de coproducción (Palacios y Moreno, 1994; Rodrigo y Palacios, 1998; Soribes y García, 1996).

En estos procesos de crianza y socialización, se conjetura que inciden diferentes factores. Sin duda, factores de tipo estructural de los hogares, como la situación socioeconómica (clima socioeducativo y de inserción en el mercado de trabajo), las características del espacio sociorresidencial y del hábitat de vida, son condicionantes claves en la construcción de estructuras de oportunidades para el desarrollo de aptitudes cognitivas, emocionales y sociales desde edades tempranas.

En particular, la situación socioocupacional de la madre interviene de modo prioritario en las estrategias de cuidado. Si bien no es un fenómeno nuevo el de la creciente inclusión laboral de la mujer en el mercado, la importancia que adquiere dicha inserción en la vida de las madres, y en su doble rol laboral dentro y fuera del hogar, constituye un factor de tensión en tanto aún prevalece en el imaginario social un “ideal de madre” más vinculado al cuidado directo de los hijos. Sin dudas, compatibilizar ambos roles, el de esa imagen social y la necesidad de desarrollar una vida personal propia en el espacio público, genera tensión en el vínculo madre-hijo (Solé y Parella, 2004). Ello adquiere características particulares en contextos de pobreza, en los que el acceso a servicios de cuidado es por demás restringido, al menos en el caso de la Argentina.

Es fácil advertir que los procesos de desfamiliarización del cuidado infantil están asociados a procesos de creciente mercantilización en sectores socia-

les acotados, como los medios profesionales, mientras que el cuidado en otros sectores sociales es provisto de modo prioritario por las madres en relaciones de cooperación con organizaciones comunitarias, programas sociales, y redes familiares y comunitarias de cooperación (Faur, 2014). En tal sentido, son conocidas las profundas desigualdades sociales en la calidad del cuidado de la infancia temprana en los servicios de atención (Unicef, 2011), y las diferencias entre educación inicial y servicios de cuidado (Faur, 2014).

Probablemente, también son factores condicionantes la cantidad de niños y niñas menores de 14 años en el hogar; y el ejercicio de la jefatura del hogar en el contexto de configuraciones familiares monoparentales. Los hogares monoparentales con jefas mujeres e hijos han sido objeto de investigaciones en el campo de los problemas de género y pobreza (Buvinic, 1997; Berheide, Segal y Kossoudji y Mueller, en Buvinic y Gupta, 1997). Estas mujeres jefas de hogar, que en muchos casos han experimentado una maternidad temprana e inestabilidad en la configuración de sus familias, registran mayores dificultades para conseguir empleos plenos, por su condición de únicas responsables del cuidado de sus hijos, y por no contar con alternativas de cuidado estables, o porque son discriminadas a causa de su condición de mujeres solas con hijos. Todas situaciones que, probablemente, sean estresantes para la madre, disminuyan su disponibilidad para atender las necesidades del niño y la niña, y su habilidad y su sensibilidad para involucrarse y proteger a sus hijos durante la etapa de crianza (Mayer, 1997).

Y, en este marco, no parece menor considerar algunos factores psicológicos presentes en los hogares, que probablemente ejercen su impronta en el desarrollo de los niños y las niñas. Los hogares con adultos de referencia con tendencia a estados emocionales negativos, como depresión, irritabilidad, ira, desprecio, rechazo, culpa, insatisfacción y tristeza, suelen comportarse de una forma menos sensible, menos receptiva, o con más hostilidad con los niños y las niñas, que los hogares con adultos que experimentan con mayor frecuencia estados emocionales positivos. Los estilos de crianza entre estos últimos suelen ser sensibles, receptivos y estimulantes, mientras que, entre los primeros, los estilos de crianza suelen basarse en un control más negativo (Belsky e Isabella, 1988; Belsky, 2010). Entonces los atributos psicológicos presentes en los adultos de referencia de los niños y las niñas en el interior de los hogares son decisivos en la construcción del vínculo afectivo que les tanto seguridad física como psicológica (Spieker y Booth, 1988; Martínez Fuentes *et al.*, 2000; Lamb, 2002; Gema Fernández Seron, 2009).

Se conjetura, entonces, que todos estos factores que intervienen en los procesos de cuidado, crianza y socialización de los niños y las niñas adquieren una particular impronta en su desarrollo del potencial, en aspectos claves de los primeros años de vida, como son el desarrollo neuronal, cognitivo y afectivo.

Los indicadores de cuidado, crianza y socialización

Las estrategias de cuidado de los niños y las niñas en la sociedad argentina se organizan con recursos familiares, no familiares, o bien en colaboración con servicios de cuidado o educativos de gestión pública, comunitaria o privada. En este artículo, se propone una aproximación a las infancias de entre cero y cuatro años de edad que reciben cuidado familiar de modo prioritario o único, aquellas que reciben cuidado familiar con la ayuda de los servicios de una empleada doméstica o niñera, y aquellas que asisten a centros educativos o de cuidado de gestión pública y de gestión privada.

Tal como se adelantó en el apartado introductorio, hemos considerado importante representar la estructura de oportunidades de cuidado, crianza y socialización de la niñez en sus primeros años de vida (cero a cuatro años), en aspectos que hacen, por un lado, a los estímulos sociales, emocionales y cognitivos a través de cuatro indicadores: a. el festejo del cumpleaños entre uno y cuatro años; b. el compartir cama o colchón para dormir entre cero y cuatro años; c. la recepción de historias orales y cuentos entre cero y cuatro años, y d. la vulnerabilidad al maltrato físico y verbal (cero a cuatro años). Por otra parte, se evalúa igualmente importante el acceso a la alimentación y la atención de la salud.

Los indicadores a, b y c se encuentran más asociados a las oportunidades de asimilación de las estructuras cognitivas, las habilidades lingüísticas, la posibilidad de comunicarse, construir autoestima y autonomía. Mientras que el indicador d busca representar la vulnerabilidad del niño y la niña a la intolerancia parental, que suele asociarse a trastornos de la conducta y perturbaciones emocionales.

Asimismo, se consideraron otros dos indicadores de cuidado, como son el déficit alimentario y el déficit en la atención preventiva de la salud. El primero de los indicadores permite una aproximación a la situación extrema en hogares en donde han sido los niños y las niñas los que han experimentado hambre, por no contar con suficientes alimentos en el último año. En tanto que el segundo de los indicadores mide el déficit de atención de la salud, considerando a aquellos niños y niñas que no tienen las vacunas correspondientes a su edad según el calendario obligatorio o que no han realizado una consulta al pediatra en el último año.

El déficit alimentario en los primeros años de vida puede tener efectos negativos en el desarrollo físico, motor y cognitivo del niño y la niña, y como consecuencia de ello, problemas posteriores en los procesos de integración social y formación escolar. Es fácil advertir, que niños y niñas que no son vacunados, y que no suelen realizar consultas preventivas en edades tempranas, carecen de la posibilidad de una adecuada prevención y atención de la enfermedad.

Tanto las estrategias como las formas de cuidado, crianza y socialización que desarrollan los hogares con los niños y las niñas se encuentran condicio-

nadas por factores de tipo estructurales, características de la vivienda, atributos de los hogares en términos de su configuración, pero también por aspectos psicológicos; y por las características sociodemográficas de los adultos de referencia del niño y la niña y de estos mismos.

Más específicamente, los factores que conjeturamos se asocian a las estrategias de organización del cuidado de los hogares, y a las desiguales estructuras de oportunidades en los procesos de crianza y socialización, son, por un lado, ciertos atributos de los hogares, como el estrato socioeconómico (que considera aspectos educativos y ocupacionales del principal sostén del hogar, y el acceso a bienes y servicios del hogar), las características del espacio socio-residencial del hábitat de vida, el tipo de configuración familiar, la cantidad de niños y niñas menores de 14 años en el hogar y algunas características de las madres (o principal adulto de referencia), como su edad, su nivel educativo y su situación socioocupacional. Por otro lado, se consideran un conjunto de indicadores que hacen a la percepción de salud psíquica del hogar que –conjeturamos– se asocian a desigualdades en las oportunidades de crianza y socialización, y a la tolerancia parental.

El bienestar psicológico del hogar es abordado a través de un conjunto de indicadores que buscan aproximarse a las *características psicológicas* de los adultos de referencia del niño y la niña, como percepción de malestar psicológico, disconformidad con las propias capacidades para afrontar la vida, así como también las *características psicosociales externas*: percepción de falta de apoyo social estructural y afectivo.

En particular, cuando la percepción de un bajo grado de “conformidad con sus capacidades para afrontar la vida” suele afectar su posibilidad para lograr objetivos, y aumenta la vulnerabilidad a la depresión (Bandura, 1995, 1997). A través de la percepción de “malestar psicológico”, se busca medir las capacidades emocionales y cognitivas de los adultos de referencia, que permiten responder a las demandas de la vida cotidiana, desenvolverse socialmente, tomar decisiones y tener relaciones satisfactorias con los otros. Justamente, uno de los componentes esenciales de esta noción son las relaciones sociales y familiares con las que cuenta una persona (Doyal y Gough, 1994).⁵ Por último, la percepción de “apoyo social afectivo y estructural” constituye esencialmente una expresión acerca de la calidad de las relaciones interpersonales. Asimismo, es un concepto relacionado con la salud en general, ya que regula el impacto del estrés sobre el bienestar personal; por lo tanto, puede entenderse como un recurso psicosocial para el afrontar situaciones de estrés (Thoits, 1995).

5. Para estudiar este concepto, se utilizó la escala de Kessler Psychological Distress Scale (K-10). Ésta mide el malestar psicológico no específico e indaga un conjunto de síntomas vinculados a la depresión y la ansiedad, tales como inquietud, agitación, desesperanza, tristeza, cansancio, nerviosismo y estrés. Esta escala brinda información acerca del malestar psicológico, pero no discrimina si se trata de uno u otro trastorno (depresión o ansiedad) (Brenlla, 2009).

Estos componentes los consideramos relevantes para estudiar el bienestar del grupo familiar. Aun así, se trata de evaluaciones que de ninguna manera pueden considerarse exhaustivas ni exactas, sino tan sólo indicativas de una tendencia u orientación respecto del atributo medido.

A continuación, se presenta la estructura de resultados con base en un análisis de asociaciones bivariadas inicial de tipo descriptivo. Utilizamos también, de modo complementario, modelos de regresión logística como técnica de estandarización que nos permite analizar con mayor claridad la asociación de ciertos factores con los indicadores de déficit, manteniendo constante el efecto de otras características. A través de los modelos de regresión, se buscó determinar los factores que se asocian a la propensión a experimentar una situación de déficit en los procesos de cuidado, crianza y socialización. La variable dependiente de los modelos considera la situación de déficit en cada uno de los indicadores mencionados.

Principales resultados. La organización del cuidado en la primera infancia

No obstante el incremento en la creación de instituciones que desempeñan funciones vinculadas a la crianza, la educación y la estimulación del niño y la niña (centros de educación inicial y servicios de cuidado infantil), la mayoría de ellos, en los primeros años de vida, está al cuidado de sus padres o familiares cercanos. Es decir que la familia continúa siendo la primera agencia de socialización del niño y la niña, y se constituye así en el fundamento en la construcción de la identidad. Por esto, el tipo de configuración familiar y el desempeño del rol de la madre dentro de ella son variables a tener en cuenta cuando se trata de observar las estrategias de cuidado de los niños y las niñas.

Tradicionalmente, el cuidado de los niños y las niñas se encuentra en la órbita de la familia y, dentro de ella, la principal responsabilidad la tienen las madres. En este marco, conocer las formas en que las familias organizan el cuidado de los niños y las niñas más pequeños, la disponibilidad parental y los cambios que ocurren en contextos de mayor inclusión laboral, resulta un insumo fundamental para orientar la política pública destinada a la ampliación de ofertas de centros de desarrollo infantil para los menores de cinco años. En este sentido, se observa que siete de cada diez niños y niñas de la población infantil estudiada no asiste a ningún establecimiento público, y su cuidado cotidiano está a cargo de madres o familiares, ya que viven en hogares que no cuentan con los servicios de una empleada doméstica ni una niñera (70,5%). La mitad de estas madres son mujeres que no trabajan, pero del resto un 32% trabaja, lo que implica que los niños y las niñas quedan a cargo de algún familiar o conocido. Un 27% de los niños y las niñas de cero a cuatro años asiste a instituciones que se ocupan de su cuidado, educación y estimulación (17% de gestión pública y 10% de gestión privada), y sólo un 2% permanece en

su hogar al cuidado de su familia, con la ayuda de una empleada doméstica. Entre 2010 y 2013, se observa una disminución de la población de niños y niñas bajo el cuidado de empleadas domésticas y un incremento de la niñez que queda al cuidado exclusivo de su propia familia (ver tabla 2).

Hay características de la madre que aumentan la probabilidad de que un niño o una niña de cero a cuatro años estén exclusivamente a su cuidado, y dependan de ella la educación y la estimulación en esta etapa de la infancia. Se ubican en este grupo el 81,6% de las madres menores de veinticinco años y el 77,3% de aquellas que no terminaron la escuela secundaria. Y, si bien juventud no es sinónimo de inmadurez, puede suponerse que, por lo menos, implica menor experiencia de vida para hacerse cargo de la crianza de un niño o una niña. A esta situación se suma el bajo nivel de educación materna, que supone la existencia de menos recursos para afrontar la tarea de crianza y socialización de niños y niñas en la primera infancia.

Si bien la familia de configuración biparental es la que prevalece (85%), el 15% de los niños y las niñas de cero a cuatro años viven en hogares monoparentales, por lo general con jefatura femenina, que tienen una mayor prevalencia en contextos de pobreza económica y se asocian a situaciones de mayor déficit en los procesos de crianza y socialización. Esto probablemente sea consecuencia de la menor disponibilidad de recursos humanos adultos para el cuidado y la asunción del doble rol de proveedor y cuidado en una sola persona. Sin duda, las políticas de cuidado orientadas a la infancia deben poner especial atención a la situación de estas familias, y por ello es de suma importancia conocer su incidencia y los principales factores asociados. En este sentido, otra de las variables que inciden en el desarrollo de las capacidades del niño y la niña, y que potencian las consecuencias derivadas del tipo de familia, es el hecho de que uno de cada cinco de estos niños y niñas forma parte de hogares en situación de hacinamiento, y una proporción similar (21%) habita en una vivienda de construcción precaria (ver tabla 1).

Incidencia del déficit en aspectos del cuidado, crianza y socialización y principales factores asociados

En el proceso de desarrollo humano desde la gestación y durante la primera infancia, debe reconocerse el rol primordial de la familia como proveedora, no sólo de la nutrición alimenticia, sino también de la contención afectiva y emocional. Es decir que el derecho a vivir una niñez plena requiere un conjunto integrado de recursos materiales, sociales y culturales que debe proveer la familia en virtud de su rol de primer agente socializador. En el contexto de esta definición de desarrollo humano para esta etapa de la vida, distinguimos tres dimensiones de análisis que nos permiten observar el grado de florecimiento de esa población en la Argentina: a. estimulación emocional e intelectual; b. estilo de crianza, y c. alimentación y salud.

Las tres dimensiones enunciadas serán analizadas observando en qué medida las carencias psicosociales y socioeconómicas de la familia se relacionan con su disponibilidad para satisfacer las necesidades de estimulación emocional e intelectual del niño y la niña. En el caso de los factores psicosociales, se tendrán en cuenta los siguientes:

- *Afrontamiento negativo*: predominio de conductas evasivas frente a situaciones problemáticas, que impiden realizar acciones tendientes a resolver o afrontar la situación. Afecta al 32% de los niños y las niñas de entre cero y cuatro años (ver tabla 1).
- *Malestar psicológico*: ansiedad o depresión que dificulta la respuesta a las demandas de la vida cotidiana, el desenvolvimiento social y la capacidad de relación con los otros. Afecta al 25% de los niños y las niñas de entre cero y cuatro años.
- *Déficit social estructural*: percepción de no contar con una red de apoyo, por considerarse sin amigos y en ausencia de alguien a quien recurrir frente a una necesidad. Afecta al 28% de los niños y las niñas de entre cero y cuatro años.
- *Déficit de apoyo social afectivo*: percepción de no contar con alguien que les demuestre amor y cariño. Afecta al 10% de los niños y las niñas de entre cero y cuatro años.

Los factores socioeconómicos considerados para el análisis de las dimensiones vinculadas a la crianza y socialización son: la situación ocupacional y el nivel de educación de la madre, la configuración familiar, el tipo de cuidado, la cantidad de niños en el hogar, la precariedad de la vivienda, el hacinamiento, la condición residencial y el nivel socioeconómico del hogar.

Si bien las dimensiones vinculadas a la crianza y la socialización de los niños y las niñas de cero a cuatro años serán analizadas a la luz de las variables mencionadas, cabe señalar la influencia de factores socioeconómicos en situaciones de déficits psicológico o social. En este sentido, se observa que, cuanto más bajo es el nivel económico social, mayor es la percepción de ausencia de amigos o familiares a quienes recurrir frente a una necesidad (39% y 9% en el nivel medio alto), más frecuentes son los estados de ansiedad o depresión (32% y 12% en el nivel medio alto) y mayor es el déficit de apoyo social afectivo (19% y 6% en el medio alto).

Estimulación emocional e intelectual

La dimensión estimulación emocional e intelectual, que evalúa aspectos vinculados con el desarrollo del lenguaje, las habilidades cognitivas y el desarrollo de conductas adaptativas, se observa a través de dos indicadores: la habitualidad en la lectura de cuentos y el festejo del cumpleaños. La lectura

de cuentos es una práctica que les ofrece a los niños la posibilidad de acceder a otros mundos reales o de fantasía, conocer otras costumbres y aprender diferentes roles sociales. El festejo de cumpleaños es un acontecimiento que genera uno de los posibles espacios en el que se lleva a cabo el proceso de construcción de la identidad del niño y la niña, espacio en el que el niño no sólo reconoce su singularidad, sino también un ámbito de socialización con sus pares y, además, una circunstancia de transmisión cultural.

Lectura y contada de cuentos e historias orales

La lectura de cuentos en el hogar es una práctica que le resulta extraña al 34,2% de los niños y las niñas menores de cinco años. El déficit en esta actividad registra una tendencia a crecer en el período 2010-2013 (29,6% en 2010) y se ve afectada tanto por factores psicosociales como por factores socioeconómicos. Entre los primeros, se observa que el hábito de lectura de cuentos a los niños y las niñas de cero a cuatro años es sensiblemente menor cuando forman parte de familias que no cuentan con apoyo social afectivo (el 52% no les lee cuentos a los niños y las niñas) o de familias que no cuentan con alguien a quien recurrir frente a una necesidad (en el 40% de estos casos, no se les lee cuentos a los niños y las niñas) (ver tabla 3).

La práctica de esta actividad se vincula también con la situación socioeconómica familiar, y desde esta perspectiva puede observarse que, cuanto más precarios son los medios y los contextos, menor es el hábito de leerles cuentos a los niños y las niñas en el hogar. Así, cuanto más bajo es el nivel económico social de la familia, mayor es el déficit en la lectura de cuentos a los niños y las niñas de entre cero y cuatro años (46% no les lee en el nivel bajo, 21% en el medio alto); el déficit también es mayor en los niños y las niñas que residen en urbanizaciones informales (42% en villas de emergencia y barrios precarios), en hogares con más de cuatro niños y niñas (43%) y que viven en situación de hacinamiento (40%). En cuanto a los factores sociodemográficos propios de la madre, el que tiene una incidencia significativa es el nivel de educación, de modo tal que las madres con menor educación son las que menos les leen cuentos a sus hijos menores de cinco años (40%).

El festejo del cumpleaños

El festejo de cumpleaños es otro de los indicadores de estimulación emocional y social de los niños y las niñas en la primera infancia. Contrariamente con lo observado respecto de la lectura de cuentos, el hábito en el festejo de cumpleaños de los niños y las niñas de cero a cuatro años muestra un leve crecimiento entre 2010 y 2013. En la primera de las fechas, un 22,7% no les festejaba el cumpleaños a sus hijos en el segmento de edad estudiado, mien-

tras que en 2013 la cifra baja al 17,6%. Sin embargo, esta actividad se relaciona, también, tanto con factores psicosociales como socioeconómicos. Las familias en las que se registra déficit social afectivo (27%), y con carencia de apoyo social estructural (22%), son las que, en menor medida, les festejan el cumpleaños a los niños (ver tabla 3).

En este caso, es importante señalar que, en una medida similar, inciden las variables económicas tales como la situación ocupacional de la madre (festejan menos el cumpleaños aquellas que están subocupadas (28%) o desempleadas (25%), la cantidad de niños en el hogar (no lo festeja el 25% de los hogares con 4 o más niños) y la calidad de la vivienda (24% de los que habitan con niños en construcciones precarias). En concordancia con esta tendencia, el hábito del festejarles el cumpleaños a los niños y las niñas de cero a cuatro años disminuye cuando más bajo es el nivel socioeconómico de la familia (no lo festeja el 25% de la población de nivel más bajo y el 10% de los de nivel medio alto) y cuando menos formal es la condición residencia (al 24% de los niños y las niñas de este segmento etario que habitan en urbanizaciones del tipo villa de emergencia o precarias, no les festejan el cumpleaños).

Tal como se ha observado, los dos indicadores de estimulación emocional e intelectual son afectados por la mismas variables psicosociales y socioeconómicas. Sin embargo, es importante señalar que, mientras los factores económicos parecen explicar mejor el festejo de cumpleaños, el nivel educativo de la madre es una variable relevante cuando se analiza la lectura de cuentos. Sin embargo, no debe perderse de vista que la lectura de cuentos a niños de cero a cuatro años parece ser una actividad relativamente poco frecuente, incluso para aquellas madres con mejor nivel de educación, ya que una de cada cuatro no les leyó cuentos a sus hijos en 2013 (25%). Como se vio anteriormente, festejar el cumpleaños es más habitual que leer cuentos a los chicos, pero también en este caso un segmento de los hogares de mejor nivel socioeconómico con más posibilidades de organizar este tipo de festejo no lo hizo (10%).

Compartir cama o colchón para dormir

Otro indicador del estilo de crianza y socialización es la práctica de compartir la cama o el colchón con los niños y las niñas. Respecto de este hábito, se registran numerosos estudios que hacen foco, principalmente, en el colecho del bebé con su mamá o con ambos padres. Si bien muchos de ellos puntualizan la ventaja de la proximidad materna, lo cierto es que el hecho de no tener una cama propia implica serias consecuencias para la salud y el desarrollo psicosocial del niño y la niña. Cabe señalar que no necesariamente la cama se comparte con la madre o el padre; en muchos casos, se comparte con hermanos u otros familiares. Investigaciones llevadas a cabo por Unicef (2006) muestran que el hecho de no tener una cama propia genera las siguientes consecuencias:

- Persistente mal dormir y falta de descanso apropiado.
- Problemas para conciliar el sueño.
- Problemas en la movilidad durante la noche.
- Dolores físicos producto de la falta de un buen descanso.
- Problemas para despertar al día siguiente.
- Falta de concentración en la escuela.
- Falta de privacidad.
- Falta de un espacio propio en el cual poder jugar, descansar, entre otros.
- Postergación de un buen descanso en función del buen descanso de sus padres o de la persona con la cual comparte cama.

Este estudio concluye en que “tener una cama propia conlleva, según expresiones de los niños, un mejor descanso, privacidad, dignidad como persona, presencia de sentimientos de libertad y felicidad, y una visión de futuro más optimista”. Nuestros datos muestran que tres de cada diez niños y niñas (28%) de entre cero y cuatro años comparte la cama o el colchón con algún familiar, y este dato se ha mantenido relativamente estable entre 2010 y 2013. Esto significa que, según el Censo Nacional de 2010, alrededor de 900.000 niños y niñas de ese segmento etario carece de cama o colchón propio para dormir.

Si bien, en los últimos tiempos, el colecho del bebé con su mamá ha sido promovido por algunas corrientes psicológicas, en la mayor parte de los casos se observa que la tendencia a compartir la cama con algún familiar se vincula más con carencias socioeconómicas que con decisiones voluntarias de los adultos, orientadas por dichas corrientes. En este sentido, nuestros datos muestran que el colecho se incrementa cuando más carenciada es la familia (45% en el nivel socioeconómico muy bajo y 14% en el medio alto), en las villas de emergencia o barrios informales (46%) y, naturalmente, en situación de hacinamiento y cuando en la familia hay 4 niños o más (46% de los niños de cero a cuatro años comparte la cama/colchón). Esta situación se relaciona, también, con atributos propios de la madre: se observa que el colecho tiende a ser más frecuente en madres de menor nivel de educación (36%), entre aquellas que están subempleadas (39%) o desocupadas (36%), y cuando la familia es monoparental (42%) (ver tabla 3).

Estilos de crianza

La segunda dimensión de análisis relacionada con la crianza y la socialización es la que describe la vinculación afectiva del niño y la niña en la primera infancia con quienes cuidan de ellos. Uno de los indicadores de esta dimensión es el que mide la manera de disciplinar que habitualmente se utiliza en el seno familiar, dado que los estilos de crianza y la forma de disciplinar al

niño y la niña es un tema que, por su gravedad, ha generado normativas tanto a nivel internacional como nacional. Los marcos normativos vigentes en la Argentina, mediante la Convención sobre los Derechos del Niño y la Ley de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes, obligan a que la familia, el Estado y la sociedad reconozcan a los niños, las niñas y adolescentes como sujetos de derecho, y a que se promueva la participación, la comunicación y la educación, y se desestimen las prácticas autoritarias y coercitivas.

Aun cuando esa normativa está vigente, muchas formas de maltrato emocional y físico a la niñez suelen tener lugar en el espacio privado de las familias y formar parte de los estilos de crianza y formas en que los padres y los adultos de referencia ponen límites, enseñan normas y valores, y se relacionan con los niños y las niñas. Las huellas que deja la experiencia del maltrato sostenido pueden ser irreversibles, por cuanto afectan la autoestima del niño y la niña, su salud psíquica y física, y a menudo traen como consecuencia perjuicios a su capacidad de aprendizaje y su sociabilidad.

En 2013, un 33% de los niños y las niñas vivían en hogares donde se suele utilizar la agresión física (chirlos, bofetadas, o golpes mediante algún objeto) o psicológica (decirle a un niño que es tonto, inútil, torpe u otras calificaciones), como forma de enseñar lo que está mal o como recurso para orientar la conducta y disciplinar. La situación de vulnerabilidad de los niños y las niñas al maltrato físico y verbal presenta diferencias significativas según la situación socioeconómica y psicosocial de las familias. En efecto, se estima que los niños y las niñas que pertenecen al estrato socioeconómico muy bajo (45%) tienen casi el doble de probabilidad de verse expuestos a maltratos que sus pares del medio alto (25%). Asimismo, el hacinamiento (42%) y la cantidad de niños y niñas en el hogar (46%) –vinculados a los recursos económicos de la familia– son variables que favorecen el desarrollo de situaciones de maltrato (ver tabla 3).

Las carencias psicosociales de los hogares generan climas proclives para el desarrollo de conductas agresivas: las situaciones de ansiedad y de depresión de los adultos les dificulta enfrentar el día a día (42%), y la falta de una red de apoyo social (40%), incrementan la probabilidad de que en esos hogares se utilice el maltrato como modo de fijar conductas o correctivos. En una medida similar, hijos e hijas de madres con bajo nivel de educación (39%) y en situación de inestabilidad ocupacional (38%) recurren al maltrato como correctivo.

Si bien es cierto que, tal como se describe más arriba, hay situaciones económicas, sociales y psicológicas de los hogares que tienden a generar climas de maltrato, es importante destacar que el maltrato como estrategia para la enseñanza de normas y valores en la primera infancia es una conducta que se registra en más del 25% de los hogares (25% en los de nivel medio alto, 30% en los hogares sin déficit psicológico y sin déficit de apoyo social estructural, 32% en hogares sin déficit de proyectos), y es una conducta habitual en hogares con madres con niveles de educación superiores al secundario (27%) y a las que tienen un empleo pleno (23%).

Salud y alimentación

Los hábitos de crianza vinculados con la salud constituyen otra de las dimensiones de análisis que se relaciona con el tipo de crianza y socialización que se desarrolla en los hogares de los niños y las niñas de cero a cuatro años. En este punto, se trata de observar tanto el cumplimiento de los controles médicos periódicos exigidos como medidas preventivas de la salud clínica de la primera infancia, como que reciban una alimentación adecuada. En este sentido, es importante señalar que la experiencia de hambre en la niñez deja huellas de difícil reversión. Una nutrición inadecuada en los primeros años de vida tiene consecuencias muchas veces irreversibles en el desarrollo cognitivo y en la capacidad de aprendizaje.

Para la medición de la vulnerabilidad alimentaria o riesgo en el acceso de alimentos en hogares con niños y niñas, se utiliza un índice que en la situación extrema indica que la experiencia de restricción alimentaria por problemas económicos afecta a los niños y las niñas del hogar. Es decir que el indicador mide la particular exposición de los niños, las niñas y los adolescentes a la experiencia del hambre (Salvia, Tuñón y Musante, 2012).

En este trabajo, examinamos la incidencia de la situación de déficit alimentario severo en hogares con niños y niñas de cero a cuatro años y observamos que un 9,2% de éstos han pasado hambre durante el 2013 y, además, esta situación de inseguridad alimentaria severa es relativamente estable desde 2010 (8,5%). Según el Censo Nacional de 2010, esta cifra estaría evidenciando que alrededor de 300.000 niños y niñas de 0 a cuatro años son parte de hogares que han pasado hambre en el año indicado. Este déficit se vincula de manera significativa con la situación socioeconómica del hogar, pero también con situaciones psicosociales adversas de la familia.

Es fácil advertir que la propensión a experimentar situaciones de vulnerabilidad en el acceso a los alimentos es significativamente superior a medida que desciende el estrato socioeconómico de los hogares (20% en los estratos muy bajos) y empeora la condición sociorresidencial (19% en las urbanizaciones informales). Factores vinculados con la precariedad económica del hogar, tales como el hacinamiento (19% de hogares con déficit alimentario severo), la precariedad de la vivienda (19%) y la cantidad de menores en el hogar (21%), se asocian claramente con déficit alimentario severo. En este sentido, situaciones laborales negativas, tales como el subempleo o la desocupación, y los bajos niveles de educación de la madre, crean ambientes favorables a condiciones de precariedad en el acceso a los alimentos (ver tabla 3).

Las dificultades económicas estructurales descritas son el contexto necesario para que las familias que las padecen desarrollen, además, serios problemas psicosociales que contribuyen a consolidar las carencias materiales. Esto se hace evidente cuando se observa que, en aquellas familias en las que los integrantes manifiestan estados depresivos o ansiosos, es mayor la probabilidad de que esos hogares hayan pasado hambre (20%). En una medida

similar, inciden tanto la incapacidad para plantearse metas o proyectos tendientes a superar la situación de carencia como la de contar con una red de apoyo afectivo (el 18% de estas familias pasó hambre en el último año).

El acceso a la atención de la salud es un derecho presente en la normativa actual e incluye prevención, promoción, información, protección, diagnóstico precoz, tratamiento oportuno y recuperación de la salud (ley N° 26.061, art. 14, inciso d). En este trabajo, se analiza uno de los aspectos de la ley, el que evalúa la periodicidad de los controles preventivos pediátricos y odontológicos de niños y niñas de cero a cuatro años. Este indicador surge de las recomendaciones internacionales que coinciden en señalar que los niños y las niñas, en sus primeros días y meses de vida, requieren controles pediátricos preventivos periódicos mensuales hasta el primer año de vida, trimestrales durante el segundo año de vida y semestrales hasta los cuatro años. Teniendo en cuenta estas recomendaciones, resulta importante señalar que uno de cada diez niños y niñas de ese segmento llevaba más de un año sin consultar a un médico y, más grave aun, este déficit persiste desde 2010.

Los niños y las niñas más vulnerables en el campo de la prevención son aquellos que no asisten a una guardería o jardín de infantes (16%), aunque el déficit es también relativamente alto entre los que concurren a un establecimiento público (12%) (ver tabla 2).

Múltiples factores asociados al déficit en las oportunidades de cuidado, crianza y socialización

A continuación, se presentan seis modelos de regresión logística, a partir de los cuales se realiza un análisis multivariado de los factores asociados al déficit en cada uno de los indicadores considerados como modo de aproximación a la estructura de oportunidades de cuidado, crianza y socialización de los niños y las niñas en los primeros años de vida.⁶ A partir de este análisis, se advierte con claridad que la propensión a experimentar déficit en todos los indicadores analizados es significativamente mayor a medida que baja el estrato socioeconómico de los hogares.⁷ Sin embargo, ello es particularmente

6. Aquí consideramos conveniente introducir en el análisis un modelo de regresión logística como técnica de estandarización que nos permite analizar con mayor claridad la asociación de ciertos factores con las oportunidades de cuidado, crianza y socialización de los niños y las niñas, manteniendo constante el efecto de otros atributos, en tanto el análisis bivariado realizado hasta el momento encuentra límites en la interpretación del problema.

7. A partir del examen del signo positivo o negativo, y del valor numérico del coeficiente de regresión, coeficiente beta estandarizado (B), se pueden evaluar la fuerza y el sentido de la categoría en la explicación del déficit en los procesos de crianza y socialización. Un coeficiente positivo y de alto valor indica que la categoría en cuestión es un atributo mejor que la categoría de referencia, para explicar la situación de déficit en los procesos de socialización. Mientras que el valor negativo indica lo contrario.

relevante en el caso del déficit alimentario. Un niño o una niña en el estrato social muy bajo registra 8 veces más chance de experimentar riesgo alimentario que un par en el estrato medio alto (ver tabla 4).⁸

La situación de segregación socioresidencial es un factor determinante del déficit en la atención de la salud y en la propensión a compartir cama o colchón para dormir. Es decir que, controlando el resto de los factores considerados en el modelo, el vivir en una villa o asentamiento urbano incrementa la propensión al déficit en la atención de la salud de los niños y las niñas entre cero y cuatro años en un 47%, y la propensión a compartir cama o colchón en un 40%.

La situación de hacinamiento, controlando el resto de los factores, es un determinante del déficit alimentario, del compartir cama o colchón para dormir, y del clima de maltrato. En efecto, los niños y las niñas en situación de hacinamiento tienen 58% más de probabilidad de experimentar riesgo alimentario, 70% más de probabilidad de compartir cama o colchón para dormir, y 19% más de probabilidad de pertenecer a hogares con estilos de crianza nocivos, respecto de pares en una vivienda sin hacinamiento.

La precariedad en la construcción de la vivienda es un factor que incrementa la propensión al déficit alimentario y a compartir cama o colchón, pero también aumenta las chances de déficit en el espacio de la estimulación a través de cuentos e historias orales y al no festejo del cumpleaños (60%, 20%, 20% y 52%, respectivamente).

Cuando se analizan las características de los hogares en términos de su configuración familiar, se advierte que los hogares monoparentales duplican la propensión al déficit alimentario en los niños y las niñas, y aumentan la probabilidad de compartir cama o colchón en un 69%, respecto de pares en hogares biparentales.

Asimismo, se advierte que los hogares con 4 o más miembros niños y niñas menores de catorce años, controlando el resto de los factores, duplica la probabilidad de déficit alimentario e incrementa la probabilidad de riesgo de maltrato, y el déficit de los indicadores de estimulación, como compartir cama o colchón para dormir, lectura de cuentos y festejo de cumpleaños (46%, 51%, 37% y 60%, respectivamente), respecto de hogares menos numerosos en componentes menores de catorce años.

Los problemas psicológicos presentes en los hogares también son factores determinantes, aun controlando otros factores. El malestar psicológico y el déficit de apoyo social estructural aumentan la probabilidad de déficit alimentario y la propensión a los estilos de crianza nocivos.

8. Esta afirmación podemos realizarla a través de la lectura del Exp(b) en la tabla 4. La función del Exp(b) es la de describir el comportamiento de cada variable indicando la probabilidad de que un suceso ocurra, dado un atributo determinado y manteniendo constante el resto de las variables (respecto siempre de la categoría de referencia).

El déficit de apoyo social afectivo es un factor determinante del riesgo en la atención de la salud del niño y la niña. En efecto, este factor incrementa la probabilidad de no atención de la salud del niño y la niña en un 49% respecto de hogares que no presentan este déficit de apoyo social.

El malestar psicológico y el déficit de apoyo social estructural son dos factores claves en la propensión a que los niños y las niñas compartan cama o colchón para dormir. Estos problemas psicológicos incrementan la probabilidad de compartir cama o colchón para dormir (30%).

El déficit de apoyo social estructural y de apoyo social afectivo afecta de modo particular las chances de que los niños y las niñas sean estimulados a través de cuentos e historias orales, o que se les festeje el cumpleaños.

El déficit en alimentación, la propensión a compartir cama o colchón y la estimulación a través de historias orales o lectura de cuentos es mayor cuando la madre del niño o la niña tiene nivel educativo secundario incompleto o menos respecto de pares con madre con nivel educativo superior (la probabilidad de déficit se incrementa en 50%, 29% y 32%, respectivamente). Mientras que las madres más jóvenes representan una situación de mayor vulnerabilidad en la propensión a compartir cama (28%), pero tienen menos probabilidad de ejercer maltrato físico o verbal que madres de mediana edad (23% menos de probabilidad).

La situación ocupacional de la madre del niño y la niña, controlando el resto de los factores, aparece como un determinante negativo en el caso del subempleo, la desocupación y la inactividad, para garantizar la alimentación del niño y la niña, respecto de las madres con empleos plenos de derechos. En particular, la situación de inactividad parece ser un factor que aumenta la propensión a los estilos de crianza nocivos en términos de uso del maltrato físico o verbal. Asimismo, las situaciones de inserción precaria, la desocupación y el subempleo también aumentan las chances de que los niños y las niñas compartan cama o colchón para dormir o no se les festeje su cumpleaños. Al mismo tiempo que los niños y las niñas cuyas madres son desocupadas o inactivas tienen menos chances de déficit en la atención de su salud que pares hijos o hijas de madres con empleo pleno.⁹

La no asistencia a un centro educativo es un factor que aumenta la probabilidad de déficit alimentario (35%), y el déficit en la estimulación a través de historias orales o lectura de cuentos (65%), así como incrementa las chances de que no le festejen el cumpleaños (67%). En tal sentido, la inclusión en centros de cuidado o de educación inicial parece ser positivo en términos de garantizar el acceso a los alimentos y en la estimulación emocional e intelectual.

9. Probablemente, ello se deba a la condicionalidad de la atención de la salud que supone el cobro de la AUH en la Argentina, que es un programa de transferencia de ingresos orientado a los hijos de trabajadores informales, desocupados e inactivos.

En el contexto los últimos cuatro años (2010-2013), se advierte que 2011 fue claramente un momento de mayor vulnerabilidad social, y en particular para la infancia. La probabilidad de experimentar déficit en el acceso a los alimentos se estima fue 35% superior al 2010, y el déficit en la atención de la salud 43% superior, controlando el resto de los factores. Por otra parte, se advierte que la probabilidad de que los niños y las niñas no sean estimulados a través de la contada de cuentos e historias orales parece seguir una tendencia regresiva a partir de 2012.

La *estratificación social* de los hogares (como proxy del clima social, educativo y económico de los hogares) es un factor de tipo estructural que aumenta la probabilidad de déficit en todos los indicadores de cuidado, crianza y socialización considerados. Otro factor clave es el *déficit de apoyo estructural* (no contar con red de apoyo social) que, controlando el resto de los factores, aparece como determinante de las oportunidades de cuidado y estimulación en los primeros años de vida. Aun cuando no surge como un factor unánime de vulnerabilidad, también se advierte con claridad que los hogares con 4 o más menores de 14 años se encuentran en situación de desventaja como proveedores de cuidado.

Reflexiones finales

En la Argentina urbana, la mayoría de la infancia entre cero y cuatro años, de modo cotidiano, es cuidada por su madre, o en su defecto por su padre, no asiste a ningún centro de cuidado o educación, y no accede a estrategias de cuidado en el mercado, como una empleada doméstica o servicio similar (70%). Esta situación guarda correlato con la situación de actividad respecto del mercado de las madres. En efecto, se estima que el 60% de los niños y las niñas en este grupo de edad vive en hogares en que su madre no tiene un empleo remunerado en el mercado, o se encuentra desocupada o en situaciones de empleos inestables.

Desde la perspectiva de los derechos del niño y la niña, y su potencial de desarrollo, esta situación a priori no puede ser considerada nociva. Es decir, no existe ningún elemento de juicio que permita afirmar que, para el niño y la niña, es perjudicial permanecer al cuidado de su madre la mayor parte del tiempo cotidiano. No obstante, los resultados de investigación aquí presentados y analizados permiten reconocer situaciones de vulnerabilidad en términos del potencial de desarrollo del niño y la niña, que no son menguados por la disponibilidad parental en el cuidado cotidiano.

En efecto, existen factores de tipo estructural que vulneran aspectos esenciales de la estimulación emocional, intelectual y social del niño y la niña, y también del cuidado en cuestiones básicas del sostenimiento de la vida, como son el acceso a los alimentos y la atención preventiva de la salud. En los análisis realizados, se advierte con claridad que las situaciones de inac-

tividad e inserción precaria o de subsistencia en el mercado de trabajo de las madres; la situación de pobreza en términos de la estratificación social del hogar, y la presencia de cuatro o más niños y niñas en el hogar se constituyen en aspectos determinantes de la vulnerabilidad del niño y la niña en la alimentación, la atención de la salud, y aspectos de la estimulación emocional, social y cognitiva.

Asimismo, es interesante advertir que, en iguales condiciones, el déficit de apoyo estructural —es decir, la percepción de no contar con una red de apoyo por considerarse sin amigos y en ausencia de alguien a quien recurrir frente a una necesidad— aparece como un factor clave en cuanto situación de vulnerabilidad para el desarrollo de capacidades en el espacio de cuidado, crianza y socialización.

Por último, parece muy relevante señalar que, a iguales condiciones de tipo estructurales y otros factores considerados, como no asistir a un centro educativo o de cuidado infantil, aumenta la vulnerabilidad del niño y la niña a que no le cuenten cuentos e historias orales, no le festejen su cumpleaños, y a la inseguridad alimentaria. Sin dudas, éstos son datos muy significativos, en la medida en que permiten conjeturar que la inclusión educativa promueve la estimulación cognitiva y social del niño y la niña en el ámbito familiar, y garantiza un acceso mínimo a la alimentación. Cuestiones que son esenciales en términos del desarrollo integral del niño y la niña.

Aun siendo claramente no exhaustivos en el análisis, se entiende que los datos construidos permiten reconocer algunos aspectos que son útiles en términos del diseño de políticas públicas y otras acciones de la sociedad civil. Por un lado, la importancia de trabajar sobre factores estructurales de las condiciones de vida de las familias, como son la inserción plena en el mercado de trabajo y del hábitat de vida; pero también aparecen en una situación de paridad, en términos de su relevancia, el poder contar con apoyo estructural a la hora de organizar el cuidado y la crianza de los niños y las niñas en la primera infancia. En este sentido, las políticas de acompañamiento de las familias en estos procesos parecen necesarias.

Al mismo tiempo, la inclusión temprana en centros de cuidado o centros de educación inicial también parece una estrategia virtuosa en relación con las dinámicas de crianza y socialización de los hogares. Probablemente, los adultos de referencia del niño y la niña encuentran en el espacio escolar un espacio de referencia en aspectos de la educación del niño y la niña, y también de acompañamiento en términos del cuidado.

Todo parece indicar que es necesario construir estructuras de oportunidades más integrales para las familias con niños y niñas, y que el acompañamiento de los procesos de crianza y socialización de los niños y las niñas pequeños sigue siendo una tarea prioritaria de las familias, pero en la que los Estados y la sociedad civil tienen posibilidad de contribuir fortaleciendo los recursos de apoyo estructural y acompañando en tareas de cuidado y esti-

mulación que, de modo indirecto, contribuyen a la formación de los referentes adultos en torno a prácticas de crianza esenciales para el desarrollo integral del niño y la niña.

A nivel internacional, y en distintos países de la región, los estudios de impacto y evaluación de programas de inclusión temprana de niños y niñas en centros educativos coinciden en señalar los efectos positivos en el desarrollo cognitivo y del lenguaje del niño y la niña, y en particular en condiciones de pobreza. Pero también parece interesante señalar que estos estudios no han podido aún diferenciar en los beneficios de una jornada simple o extendida y, en tal sentido, pareciera que la inclusión en una jornada simple sería suficiente en términos de alcanzar efectos positivos.

En esta investigación, no hemos incorporado al análisis el tipo de jornada escolar ni indicadores de calidad de los servicios de cuidado o de educación. No obstante, existe evidencia en torno a la importancia de la calidad de las ofertas educativas y acuerdos básicos que señalan como indicadores de calidad la relación alumnos-educadores, la capacitación de los recursos humanos y su supervisión, entre otros parámetros en los que profundizan otros colegas en el marco de esta misma publicación.¹⁰

También existen evaluaciones en torno a los programas de acompañamiento o educación para padres, que reconocen efectos positivos en los procesos de crianza y en la conformación de una red de apoyo social positiva, y en particular en el caso de familias en situación de pobreza (Bedregal, 2006).

En la Argentina, los avances han sido menores a los realizados en otros países de la región, y lo cierto es que conviven sistemas de cuidado infantil dependientes del Ministerio de Desarrollo Social con centros de educación inicial dependientes del Ministerio de Educación. La magnitud de las ofertas de gestión pública de unos y otros servicios de cuidado y educación todavía son muy delimitadas y fragmentadas en términos de la calidad (Unicef, 2009).

La evidencia aquí construida permite definir mejor las inequidades en el inicio de la vida, en términos de los recursos físicos, humanos y sociales de los hogares, pero también en términos de las desiguales estructuras de oportunidades en el espacio urbano de las grandes ciudades de la Argentina. Se requieren transformaciones estructurales en el hábitat, en las oportunidades de empleo pleno de los adultos, pero también en la construcción de acciones específicas de educación y acompañamiento, orientadas a los procesos de cuidado y crianza de los niños y las niñas en sus primeros años de vida, y servicios de educación temprana que, en su diseño e implementación, consideren las experiencias y las evaluaciones realizadas en la región.

10. Ver, en este mismo volumen, los artículos de Canetti *et al.* y Bedregal *et al.*

Tablas

**Tabla 1. Características de los hogares con niños y niñas.
En porcentaje de niños de cero a cuatro años.
Evolución de 2010 a 2013.**

			2010	2011	2012	2013	Promedio	Sig. dif. 2013-2010
Características de la madre	Edad de la madre	Hasta 25 años	31,5	31,1	29,3	26,4	29,6	***
		26 años o más	68,5	68,9	70,7	73,6	70,4	
	Máximo nivel educativo de la madre	Secundario incompleto	49,0	49,8	44,2	40,8	45,9	***
		Secundario completo y más	51,0	50,2	55,8	59,2	54,1	
	Situación ocupacional de la madre	Empleo pleno	18,2	24,2	19,9	22,3	21,1	***
		Empleo precario	12,3	15,9	14,6	19,6	15,6	***
		Subempleo	5,0	6,7	7,9	6,8	6,6	**
Desocupado		11,6	10,1	12,5	8,0	10,6	***	
	Inactivo	52,8	43,1	45,0	43,3	46,1	***	
Características del hogar	Tipo de configuración familiar	Familia monoparental	12,1	11,6	14,1	14,9	13,2	**
		Familia biparental	87,9	88,4	85,9	85,1	86,8	
	Hogares con menores de 14 años	Hasta 3 niños	85,8	85,9	85,6	87,0	86,1	
		4 o más	14,2	14,1	14,4	13,0	13,9	
	Afrontamiento negativo	22,7	19,9	31,5	32,2	26,6	***	
	Malestar psicológico	21,2	21,4	20,4	24,7	21,9	**	
	Déficit de apoyo social estructural	25,1	24,5	24,4	27,6	25,4		
Déficit de apoyo social afectivo	15,0	10,5	6,6	9,7	10,4	***		
Características de la vivienda	Hacinamiento	22,6	21,7	23,7	21,1	22,3		
	Vivienda precaria	20,0	21,2	20,9	21,0	20,8		
Características estructurales	Condición residencial	Urbanización informal	8,3	11,7	10,3	10,0	10,1	
		Urbanización formal	91,7	88,3	89,7	90,0	89,9	
	Estrato social	Muy bajo	24,3	27,8	27,6	27,8	26,9	**
		Bajo	28,3	24,7	25,4	25,7	26,0	
		Medio	23,3	24,4	23,9	21,5	23,2	
	Medio alto	24,2	23,1	23,2	25,0	23,9		

Fuente: EDSA-Bicentenario (2010-2016), Observatorio de la Deuda Social Argentina, UCA.

Nota: p-valor<0,1* / p-valor<0,05** / p-valor<0,01***.

Tabla 2. Cobertura de servicios de cuidado infantil.
En porcentaje de niños de cero a cuatro años.
Promedio de 2010 a 2013.

			Asiste a un establecimiento público		Asiste a un establecimiento privado		No asiste y no tiene empleada doméstica		No asiste y tiene empleada doméstica	
Total			17,9		10,4		68,4		3,3	
Características de la madre	Edad de la madre	Hasta 25 años	13,0	***	4,5	***	81,6	***	0,9	***
		26 años o más ©	19,9		12,8		62,9		4,4	
	Máximo nivel educativo de la madre	Secundario incompleto	17,9		4,0	***	77,3	***	0,8	***
		Secundario completo y más ©	17,9		15,8		60,8		5,5	
	Situación ocupacional de la madre	Empleo pleno ©	14,5		21,8		54,6		9,1	
		Empleo precario	24,0	***	7,2	***	65,2	***	3,6	***
		Subempleo	20,6	***	4,8	***	73,3	***	1,3	***
		Desocupado	21,7	***	7,4	***	69,8	***	1,1	***
		Inactivo	16,1		7,6	***	74,8	***	1,4	***
	Características del hogar	Tipo de configuración familiar	Familia monoparental	22,7	***	7,0	***	69,1		1,2
Familia biparental ©			17,2		10,9		68,3		3,7	
Hogares con menores de 14 años		Hasta 3 niños ©	18,0		11,5		66,8		3,7	
		4 o más	17,3		3,3	***	78,3	***	1,1	***
Afrontamiento negativo		Sin déficit ©	17,2		11,7		67,2		3,9	
		Déficit	19,8	**	6,6	***	71,8	***	1,8	***
Malestar psicológico		Sin déficit ©	17,2		11,5		67,5		3,8	
		Déficit	20,5	***	6,4	***	71,5	***	1,6	***
Déficit de apoyo social estructural		Sin déficit ©	17,1		12,2		66,4		4,3	
		Déficit	19,5	**	5,1	***	74,9	***	0,5	***
Déficit de apoyo social afectivo	Sin déficit ©	17,5		10,7		68,2		3,6		
	Déficit	19,8		7,5	***	71,4	*	1,3	***	
Características de la vivienda	Hacinamiento	Sin déficit ©	17,6		12,1		66,3		4,1	
		Hacinamiento	19,1		4,3	***	75,8	***	0,8	***
	Vivienda precaria	Sin déficit ©	17,9		12,1		66,1		3,9	
		Vivienda precaria	18,0		3,5	***	77,2	***	1,2	***

			Asiste a un establecimiento público		Asiste a un establecimiento privado		No asiste y no tiene empleada doméstica		No asiste y tiene empleada doméstica	
Características estructurales	Condición residencial	Urbanización informal	22,9	***	2,0	***	74,1	***	1,1	***
		Urbanización formal ©	17,3		11,3		67,8		3,6	
	Estrato social	Muy bajo	17,6	*	2,0	***	79,7	***	0,7	***
		Bajo	17,6		4,8	***	77,2	***	0,4	***
		Medio	21,1	***	10,8	***	67,0	***	1,1	***
		Medio alto ©	15,5		25,4		47,4		11,7	
	Año de medición	2010	18,9		9,4		67,7		4,0	***
		2011	18,2		11,7		65,9	***	4,2	***
		2012	17,2		10,1		69,6		3,1	*
		2013 ©	17,3		10,2		70,5		2,0	
Cuidador principal	Madre o padre ©		16,7		10,2		70,1		2,9	
	Otros familiares		21,9	***	9,8		66,2	***	2,0	**
	Otros no familiares o solo		14,9		16,5	***	48,0	***	20,6	***

Fuente: EDSA-Bicentenario (2010-2016), Observatorio de la Deuda Social Argentina, UCA.

© Categoría de comparación.

Nota: p-valor<0,1* / p-valor<0,05** / p-valor<0,01***.

Tabla 3. Indicadores de déficit en los procesos de crianza y socialización. En porcentaje de niños y niñas de cero a cuatro años. Promedio de 2010 a 2013.

			Déficit alimentario		Déficit de salud		Clima de maltrato		Comparte cama o colchón		No le cuentan cuentos		No le festejan el cumpleaños (1)	
Total			9,0		10,3		32,7		27,9		31,6		13,4	
Características de la madre	Edad de la madre	Hasta 25 años	11,3	***	11,3	*	31,4		64,7	***	36,5	***	16,3	***
		26 años o más ©	8,1		9,8		33,2		75,3		29,6		12,2	
	Máximo nivel educativo de la madre	Secundario incompleto	15,2	***	12,3	***	38,8	***	37,5	***	39,5	***	17,9	***
		Secundario completo y más ©	3,8		8,5		27,4		19,6		25,0		9,4	
	Situación ocupacional de la madre	Empleo pleno ©	2,1		8,8		22,6		16,4		23,8		6,2	
		Empleo precario	8,4	***	16,5	***	32,6	***	32,8	***	33,7	***	12,1	***
		Subempleo	16,5	***	15,9	***	38,0	***	39,2	***	36,2	***	25,2	***
		Desocupado	17,7	***	7,4		35,7	***	35,6	***	34,9	***	20,9	***
		Inactivo	9,4	***	8,7		35,8	***	28,0	***	33,1	***	13,4	***

			Déficit alimentario		Déficit de salud		Clima de maltrato		Comparte cama o colchón		No le cuentan cuentos		No le festejan el cumpleaños (1)		
Características del niño	Sexo	Varón ©	8,6		11,1		31,6		28,3		31,4		13,1		
		Mujer	9,6		9,3	**	33,9	*	27,3		31,9		13,6		
	Asistencia a guardería/jardín	Asiste ©	6,2		9,6		30,9		24,6		22,6		8,3		
		No asiste	10,2	***	10,5		33,4	*	29,1	***	35,2	***	15,9	***	
Características del hogar	Tipo de configuración familiar	Familia monoparental	19,5	***	13,0	***	33,7		57,6	***	36,2	***	18,1	***	
		Familia biparental ©	7,4		9,8		32,5		74,4		30,9		12,6		
	Hogares con menores de 14 años	Hasta 3 niños ©	7,0		9,9		30,5		25,1		29,8		11,8		
		4 o más	21,4	***	12,5	**	46,2	***	44,7	***	42,9	***	22,6	***	
	Afrontamiento negativo	Sin déficit ©	7,6		9,5		30,8		26,0		31,2		12,7		
		Déficit	13,0	***	12,3	***	37,9	***	33,0	***	33,0		15,0	**	
	Malestar psicológico	Sin déficit ©	5,9		9,5		29,9		25,1		30,3		12,1		
		Déficit	20,0	***	13,1	***	42,3	***	37,7	***	36,5	***	17,5	***	
	Déficit de apoyo social estructural	Sin déficit ©	5,9		9,3		30,0		24,5		29,0		11,4		
		Déficit	18,2	***	13,2	***	40,2	***	38,3	***	39,8	***	19,0	***	
	Déficit de apoyo social afectivo	Sin déficit ©	8,2		9,6		32,0		27,0		29,3		12,0		
		Déficit	16,8	***	16,2	***	38,3	***	36,8	***	52,0	***	24,1	***	
	Características de la vivienda	Hacinamiento	Sin déficit ©	6,2		9,4		30,0		22,8		29,3		11,7	
			Hacinamiento	19,1	***	13,3	***	41,8	***	45,5	***	40,0	***	19,1	***
Vivienda precaria		Sin déficit ©	6,5		9,6		31,0		24,5		29,1		11,1		
		Vivienda precaria	18,7	***	12,6	***	39,1	***	40,8	***	41,3	***	21,8	***	
Características estructurales	Condición residencial	Urbanización informal	19,3	***	15,9	***	32,2	**	54,3	***	41,5	***	21,8	***	
		Urbanización formal ©	7,9		9,6		36,4		74,1		30,5		12,3		
	Estrato social	Muy bajo	20,1	***	13,5	***	44,8	***	44,8	***	46,1	***	21,7	***	
		Bajo	10,4	***	10,7	***	33,4	***	30,0	***	30,3	***	14,3	***	
		Medio	3,4	***	10,2	***	26,1		20,4	***	27,9	***	10,2	***	
		Medio alto ©	0,6		6,2		24,6		13,7		20,6		5,7		
	Año de medición	2010	8,5		8,5		33,5		26,6		29,8	***	13,1		
		2011	10,7		12,5	***	29,9		29,4		30,9	*	13,2		
		2012	7,7		10,7		34,7		27,6		31,7		13,1		
		2013 ©	9,2		9,4		32,5		27,9		34,2		14,1		

Fuente: EDSA-Bicentenario (2010-2016), Observatorio de la Deuda Social Argentina, UCA.

© Categoría de comparación.

(1) Niños y niñas de 1 a 4 años

Nota: p-valor<0,1* / p-valor<0,05** / p-valor<0,01***.

Tabla 4. Modelos de regresión múltiples.
Factor de razón de momio (Exp. [B]). Población de niños y niñas de cero a cuatro años (2010-2013).

			Inseguridad alimentaria		Déficit de salud		Clima de maltrato		Comparte cama o colchón para dormir		No le cuentan cuentos o historias		No le festejan el cumpleaños (1)	
			Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.
Características de la madre	Edad de la madre	Hasta 25 años	0,934		1,044		0,770	***	1,288	***	1,072		1,030	
		26 años o más©												
	Máximo nivel educativo de la madre	Secundario incompleto	1,505	***	1,065		1,106		1,292	***	1,322	***	1,167	
		Secundario completo y más ©												
	Situación ocupacional de la madre	Empleo pleno©												
		Empleo precario	1,336		1,444	***	1,233	**	1,439	***	1,077		1,349	*
		Subempleo	2,194	***	1,151		1,303	**	1,430	**	0,966		2,739	***
		Desocupado	3,076	***	0,498	***	1,319	**	1,351	**	1,046		2,402	***
		Inactivo	1,775	**	0,692	***	1,365	***	1,116		1,036		1,509	***
	Características del niño	Sexo	Varón©											
Mujer			1,114		0,821	**	1,080		,946		1,040		1,020	
Asistencia a guardería/jardín		Asiste©												
	No asiste	1,356	**	1,048		0,987		,977		1,650	***	1,677	***	
Características del hogar	Tipo de configuración familiar	Familia monoparental	2,320	***	1,018		0,866	*	1,691	***	0,990		1,232	*
		Familia biparental©												
	Hogares con menores de 14 años	Hasta 3 niños©												
		4 o más	2,012	***	1,052		1,465	***	1,517	***	1,376	***	1,604	***
	Afrontamiento negativo		1,017		1,177	*	1,102		1,107		0,871	**	0,882	
	Malestar psicológico		2,590	***	1,207	*	1,409	***	1,317	***	1,022		1,087	
	Déficit de apoyo social estructural		1,964	***	1,200	*	1,221	***	1,307	***	1,238	***	1,325	***
	Déficit de apoyo social afectivo		1,083		1,499	***	1,024		1,014		2,235	***	1,785	***

		Inseguridad alimentaria		Déficit de salud		Clima de maltrato		Comparte cama o colchón para dormir		No le cuentan cuentos o historias		No le festejan el cumpleaños (1)		
		Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	Exp(B)	Sig.	
Características de la vivienda	Hacinamiento	1,580	***	1,226	*	1,190	**	1,702	***	1,060		1,027		
	Vivienda precaria	1,598	***	1,064		1,026		1,208	**	1,206	**	1,523	***	
Características estructurales	Condicción residencial	Urbani- zación informal	1,270	*	1,477	***	0,863		1,399	***	1,054		1,179	
		Urbani- zación formal©												
	Estrato social	Muy bajo	7,982	***	1,633	***	1,769	***	1,974	***	1,817	***	1,758	***
		Bajo	5,443	***	1,432	**	1,138		1,395	***	1,096		1,346	*
		Medio	2,776	***	1,550	***	,887		1,146		1,245	**	1,300	
	Año de medición	Medio alto©												
		2010©												
		2011	1,352	**	1,431	***	,865	*	1,112		1,095		1,054	
		2012	0,786		1,229		1,068		0,978		1,203	**	1,061	
		2013	1,063		1,003		0,951		1,023		1,343	***	1,212	
R cuadrado de Cox y Snell		0,135		0,027		0,053		0,111		0,074		0,064		
Porcentaje global de aciertos que explica el modelo		91,5		89,7		69,1		74,1		69,9		86,8		

Fuente: EDSA-Bicentenario (2010-2016), Observatorio de la Deuda Social Argentina, UCA.

© Categoría de comparación.

(1) Niños y niñas de 1 a 4 años

Nota: p-valor<0,1* / p-valor<0,05** / p-valor<0,01***

Bibliografía

- BANDURA, A. (1986), *Social Foundations of Thought and Action: A Social Cognitive*, Englewood Cliffs, Prentice Hall.
- (1992), “Social Cognitive Theory and Social Referencing”, en S. Feinman (ed.), *Social Referencing and the Social Construction of Reality in Infancy*, Nueva York, Plenum Press, pp. 175- 208.
- (1995), *Self-Efficacy in Changing Societies*, Nueva York, Cambridge University Press.
- (1997), *Self-Efficacy: The Exercise of Control*, Nueva York, Freeman.
- BEDREGAL, P. (2006), “Eficacia y efectividad en la atención de niños entre 0 y 4 años”, *Documento en Foco* 79.
- BELSKY, J. (2010), “Determinantes socio-contextuales de los estilos de crianza”, *Enciclopedia sobre el desarrollo de la primera infancia*, Gran Bretaña, Centre of Excellence for Early Childhood Development.
- BELSKY, J. y R. ISABELLA (1988), “Maternal, Infant and Social-Contextual Determinants of Attachment Security”, en J. Belsky y T. Nezworski (eds.), *Clinical Implications of Attachment*, Hillsdale, Lawrence Erlbaum, pp. 41-94.

- BERGER, P. y Th. LUCKMAN (1989), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BOWLBY, J. (1989), *Una base segura: aplicaciones clínicas de la teoría del apego*, Buenos Aires, Paidós.
- BRENLLA, M.E. para Observatorio de la Deuda Social Argentina, Departamento de Investigación Institucional UCA (2009), “Barómetro de la deuda social argentina”, N° 5, *El Desarrollo Humano y Social en la Argentina en los umbrales del bicentenario*, Buenos Aires, Educa, pp. 85-102.
- BUVINIC, M. (1997), *Women in Poverty: A New Global Underclass*, Washington D.C., Carnegie Endowment for International Peace Stable (disponible en: <http://www.jstor.org/stable/1149088>, consulta: 15 de mayo de 2015).
- BUVINIC, M. y G.R. GUPTA (1997), *Female-Headed Households and Female-Maintained Families: Are they Worth Targeting to Reduce Poverty in Developing Countries?* Universidad de Chicago (disponible en: <http://www.jstor.org/stable/1154535>, consulta: 15 de mayo de 2015).
- DI BÁRTOLO, I. (2009), “Apego y maltrato infantil”, *Derechos vulnerados en la infancia: abandono, maltrato y pobreza*, Buenos Aires, Educa.
- DEIS-DIRECCIÓN DE ESTADÍSTICAS E INFORMACIÓN EN SALUD (2008), <http://www.deis.gov.ar>.
- DOYAL, L. y I. GOUGH (1994), *Teoría de las necesidades humanas*, Barcelona, Icaria-FUHEM.
- EVANS, J.L., R.G. MYERS, E.M. ILFELD (2000), *Early Childhood Counts: a Programming Guide on Early Childhood Care for Development*, Washington, The World Bank (disponible en: <http://documents.worldbank.org/curated/en/2000/05/437071/early-childhood-counts-programming-guide-early-childhood-care-development>, consulta: 15 de mayo de 2015).
- FAUR, E. (2014), *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- GARCÍA, B. y O. OLIVEIRA (2005), “Mujeres jefas de hogar y su dinámica familiar”, *Papeles de Población*, N° 43, enero-marzo, México D.F., Universidad Autónoma del Estado de Toluca, pp. 29-51.
- GEMA FERNÁNDEZ SERON, C. (2009), “La familia”, *Revista Digital Innovación y Experiencias Educativas*, N° 21, Granada.
- LACHMAN, M. y S. WEAVER (1998), “The Sense of Control as a Moderator of Social Class Differences in Health and Well-Being”, *Journal of Personality and Social Psychology*, N° 74, pp. 763-773.
- LAHIRE, B. (2008), “Pensar la acción: entre la pluralidad disposicional y la pluralidad de contextos”, en G. Tiramonti y N. Montes, (comps.), *La escuela media en debate. Problemas actuales y perspectivas de la investigación*, Buenos Aires, Manantial-Flacso.
- LAMB, M.E. (2002) “Infant-Father Attachments and their Impact on Child Development”, en C.S. Tamis-LeMonda y N. Cabrera (eds.), *Handbook of Father Involvement: Multidisciplinary Perspectives*, Mahwah, Lawrence Erlbaum.
- LEFCOURT, H.M. (1984), *Research with the Locus of Control Construct: Extensions and Limitations*, vol. 3, Orlando, Academic Press.

- (1966), “Internal Versus External Control of Reinforcement: A Review”, *Psychological Bulletin*, N° 65, pp. 206-220.
- LEZCANO, A. (1999), “Las miradas sociológicas sobre los procesos de socialización”, en S. Carli, *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*, Buenos Aires, Santillana.
- LITTLE, B. (1989), “Personal Projects Analysis: Trivial Pursuits, Magnificent Obsessions, and The Search For Coherence”, *Personality Psychology: Recent Trends and Emerging Directions*, Nueva York, Springer, pp. 15-31.
- LÓPEZ, F. y M.J. ORTIZ (1999), “El desarrollo del apego durante la infancia”, en F. López, I. Etxebarria, M.J. Fuentes y M.J. Ortiz (coords.), *Desarrollo afectivo y social*, Madrid, Pirámide, pp. 41-65.
- MARTÍNEZ FUENTES, M.T. *et al.* (2000), “Temperamento del niño y personalidad de la madre como antecedentes de la seguridad del apego”, *Anuario de Psicología*, vol. 31, N° 1, Universidad de Barcelona, pp. 25-42.
- MAYER, E.S. (1997), *What Money Can't Buy. Family Income and Children's Life Chances*, Cambridge y Londres, Harvard University Press.
- MYERS, R. (1995), “The Convention on the Rights of the Child: Moving Promises to Action”, *The Consultative Group on Early Childhood Care and Development. Coordinators' Notebook*, N° 17.
- (2001), “In Search of Early Childhood Indicators”, *The Consultative Group on Early Childhood Care and Development, Coordinators' Notebook*, N° 25.
- OATES, J. (ed.) (2007), “Relaciones de apego”, *La primera infancia en perspectiva*, N° 1, Milton Keynes, Open University.
- OMS (2008), *Subsanar las desigualdades en una generación: alcanzar la equidad sanitaria actuando sobre los determinantes sociales de la salud*, Comisión Sobre Determinantes Sociales de la Salud, WHO-IER-CSDH (disponible en: http://www.who.int/social_determinants, consulta: 10 de noviembre de 2008).
- ORTIZ, M.J., M.J. FUENTES y F. LÓPEZ (1999), “Desarrollo socioafectivo en la primera infancia”, en J. Palacios; A. Marchesi, y C. Coll (eds.), *Desarrollo psicológico y educación*, vol. 1, Psicología evolutiva, Madrid, Alianza, pp. 151-176.
- PALACIOS, J. y M.C. MORENO (1994), “Contexto familiar y desarrollo social”, en M.J. Rodrigo (ed.), *Contexto y desarrollo social*, Madrid, Síntesis, pp. 157-188.
- PERVIN, L.A. (1989), *Goal Concepts and Social Psychology*, Hillsdale, Erlbaum.
- RODRIGO, M.J. y J. PALACIOS (1998), “Conceptos y dimensiones en el análisis evolutivo-educativo de la familia”, en M.J. Rodrigo y J. Palacios (coords.), *Familia y desarrollo humano*, Madrid, Alianza, pp. 45-70.
- SALVIA, A., I. TUÑÓN y B. MUSANTE (2012), *La inseguridad alimentaria en la Argentina. Hogares Urbanos. Año 2011*, documento de trabajo, Observatorio de la Deuda Social Argentina (disponible en: http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo68/files/Informe_Inseguridad_Alimentaria_doc_de_trabajo_.pdf, consulta: 15 de mayo de 2015).
- SAMANIEGO, C. (2009), “La interacción padres-niños y sus consecuencias en la salud psíquica de los niños”, en ODSA-ARCOR, *Argentina 2004-2008: condiciones de vida de la niñez y adolescencia*, Buenos Aires, Fundación UCA-Arcor.

- SCHULTZ, D.P. y S.E. SCHULTZ (2005), *Theories of Personality*, Wadsworth, Thomson, 8° ed.
- SILVA, A. (2005), “La familia como contexto de desarrollo infantil. Dimensiones de análisis relevantes para la intervención educativa y social”, *Portularia: Revista de Trabajo Social*, vol. 5, N° 2, pp. 147-163.
- SOLÉ, C. y S. PARELLA (2004), *Nuevas expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales exitosas*, Universidad Autónoma de Barcelona, RES N° 4, pp. 67-92.
- SORIBES, S. y F.J. GARCÍA (1996), “Los estilos disciplinarios paternos”, en R.A. Clemente y C. Hernández (eds.), *Contextos de desarrollo psicológico y educación*, Granada, Aljibe, pp. 151-170.
- SPIEKER, S.J. y C.L. BOOTLI (1988), “Maternal Antecedents of Attachment Quality”, en J. Belsky y T. Nezworski (eds.), *Clinical Implications of Attachment*, Hillsdale, Lawrence Erlbaum, pp. 95- 135.
- THOITS, P. (1995), “Stress, Coping and Social Support Processes: Where are We? What Next?”, *Journal of Health and Social Behavioral*, pp. 53-79.
- TUÑÓN, I. (2010), “Determinantes de las oportunidades de crianza y socialización en la niñez y adolescencia”, *Revista latinoamericana de ciencias sociales, niñez y juventud*, vol. 8, N° 2 (artículo con referato académico, en proceso de evaluación).
- (2014), *Evolución del desarrollo humano y social de la infancia desde un enfoque de derechos. Avances y metas pendientes en los primeros cuatro años del Bicentenario (2010-2011-2012-2013)*.
- y M.S. GONZÁLEZ (2011), “Factores ambientales que vulneran los procesos de crianza y socialización en los primeros años de vida”, en A. SALVIA (comp.), *Deudas sociales en la Argentina posreformas*, Buenos Aires, Biblos.
- UNICEF (2006), “*Un niño, una cama*”. *Percepciones y valoraciones desde el mundo infantil*, Time Research.
- (2011), *Servicios de atención de niños y niñas de 45 días a 36 meses*, Buenos Aires.